



Explosión y asesinatos en Enero,
terremoto de Gil, para Febrero,
si el año sigue así para Diciembre

con esta humana piel hacen curtiembre,
mientras la prensa, lector, como lo notas
con las penas de nos calza las botas!

UN LIBRO DE ALONE

El señor Omer Emeth se preocupa poco de los libros chilenos desde algún tiempo a esta parte. ¿Por qué...?

Seguramente porque le han aburrido las majaderías de los literatos y los chismes, que nunca faltan, encargados de enturbiar el agua limpia de la buena amistad...

Pero ha sido injusto su olvido de «La ámpara en el Molino», de Halmar, y de «La Sombra Inquieta», de Alone. Son, tal vez, las obras de mayor importancia publicadas en estos últimos años, y es casi un deber del crítico más autorizado, y que goza de prestigio más sólido entre el público, no dejar pasar en silencio las obras de valor de nuestra literatura.

Puede atacarlas, pero no olvidarlas.

Se ha dicho que la obra de Alone es demasiado personal: que figuran en ella personajes demasiado conocidos, y que fustiga o defiende con excesivo calor a sus «víctimas».

—¡Es una obra de clave! —han dicho algunos. «Isolée», la heroína, es una dama de nuestra sociedad ya muerta, el Arroyo es un joven escritor que actúa en el periodismo...

Y continúa la enumeración de los personajes, uno a uno, salpicados de comentarios y de pequeños chismecillos.

Preguntan algunos con alarma:

—¿Hay derecho para tomar seres que aún viven y palpitán en la lucha diaria?

Y nosotros diríamos que sí. El libro es una simple prolongación de la prensa diaria. ¿Y los periódicos no se toman el derecho de sancionar los hechos públicos y privados de las personas? ¿No vemos todos los días relatar las intimidades repugnantes de seres que hasta ayer merecían el respeto de las gentes?

Un crimen,—el de la calle Lord Cochrane, o cualquier otro,—autoriza al cronista para exhibir la vida íntima de una mujer. Allí aparecen los nombres de sus amantes; sus cartas amorosas; se cuentan sus pasos y también sus intenciones.

Sin embargo, esa literatura repugnante, mal oliente, torpemente escrita, sin arte y sin orden, no extraña a nadie, y desde la cocinera hasta la dama encumbrada, devoran las sabrosas noticias...

—¡Es que la prensa representa la sanción pública! —exclaman algunos.

Sí. La «sanción pública». Y el libro, documento consciente, elaborado con lógica y verdad, con arte y belleza, ¿no puede acaso representar la «Sanción»?

Hay crímenes que no castigan los códigos. Esa trama gorda y tosca de la red judicial deja pasar robos y asesinatos, insidias, bajezas y felonías que merecen mejor la cárcel que el infeliz degenerado que mató a un semejante impulsado por el alcohol o la ignorancia.

El novelista,—historiador del presente,—recoge las sutiles hebras, desentraña en la psicología de los criminales y en los deshonestos que actúan en su escenario, y los presenta al público, explicados, comentados y sintetizados en líneas definitivas.

El novelista devela opiniones equivocadas, desenmascara al hipócrita, destruye prejuicios, enseña y explica lo que la mirada superficial no tuvo tiempo de comprender en la precipitada marcha por el Gran Camino.

Hernán Díaz Arrieta ha procurado en su libro «La Sombra Inquieta», presentar una faz de nuestra vida santiaguina. Para ello eligió tipos conocidos (habría de tomar los que no conoce?); copió sus palabras, sus actitudes, sus gestos más elocuentes, anotó hechos y anécdotas, y con todo ese material, formó una trama lógica y vivida, que interesa más que una novela, porque es la vida misma.

Tal vez no sea esa la verdad absoluta. Pudo el artista equivocarse; ver lo que no existe... Pero ¡qué importa!... Ha visto la verdad de él. La verdad de él, y la mía, unida a la del vecino de enfrente, nos darán la realidad completa, ya que todas las cosas humanas tienen variaciones prismáticas infinitas!

Asaco yo conozca a alguno de los protagonistas de «La Sombra Inquieta» y los haya visto en distinta forma. No ha sido culpa de él, ni mía, seguramente. Esos protagonistas, seres nerviosos, impresionables, que sabian plasmar su espíritu multiforme a la idea que se formaban de las personas y del ambiente que los rodeaban, se presentaron en distinta forma para él que para mí.

Pero lo que no se puede discutir en la reciente obra del señor Díaz Arrieta es la forma en que ha encarnado sus pensamientos. Es un estilo sobrio, sencillo, preciso, que tiene sutilezas para expresar lo indefinible y rudas inflexiones para traducir la materialidad de ciertos momentos.

Díaz Arrieta es un artista y su espíritu delicado se destaca sobre sus visiones con una pureza que envidiaría un místico. Más que el tipo de Isolée se levanta el inmaterial afecto del amigo, su perseverancia y su elevación para juzgar las cosas del sentimiento. Eso es lo que hay de duradero en su obra y lo que perfuma castamente las páginas del libro.

Isolée pudo existir o no. Pero lo que de ella pensó y lo que sintió por ella un hombre noble y apasionado, eso es lo real y lo que no podrá morir fácilmente.

Alone puede considerarse contento, porque ha logrado un doble objeto: hacer obra artística y aprisionar una etapa de vida bella...

F. S.

El buen ejemplo.



—Susanita: ¡cómo! ¿has embadurnado tu muñeca?

—No, mamá. La he pintado las mejillas con el mismo color que usted usa todas las mañanas...